

EL CONCEPTO VITAL DELA...

Viene de la Página 9

examinado el fondo de mis creencias y no he encontrado suficientemente maciza mi fé. Me he lanzado a Dios como un refugio; me he asido a la plegaria como de un paracaídas". Sentido religioso éste de indiscutible raigambre hispánica en su doble vertiente: la individual y la social o histórica.

Pedro Salinas señala cómo Rubén Darío "se suma al gran escuadrón de los poetas españoles -desde el canciller Ayala a Unamuno- que hicieron alma de su obra a la angustia del pecador y su pecado".

Así en su trance personal clama Rubén desde el fondo de su alma:

"Jesús, incomparable perdonador de injurias: / dame contra el sañudo infierno / una gracia lustral de iras y lujurias".

Y cuando se calza el coturno del vate y eleva su canto sobre la Historia, al viejo Roosevelt imperialista le enrostra en nombre de la América católica, la América española:

Y pues contáis con todo, falta una cosa: Dios"

Y contemplando el mundo agitado de su época, con fervor apocalíptico exclama:

"¡Oh Señor Jesucristo, por qué tardas, qué esperas / para tender tu mano de luz sobre las fieras y hacer ondear al viento las divinas banderas!"

A esta poderosa tradición hispánica de valores éticos individuales que aflora en la obra de Rubén desde lo más hondo de su humanidad como una actitud anímica vital, corresponde en su quehacer artístico un vigoroso sentido de continuidad cultural que lo vincula a la más auténtica tradición del Arte y la literatura hispánicos.

La revolución literaria de Darío se enraiza en el más sólido terreno de los clásicos españoles, que ley desde "los 14 años en la Biblioteca Nacional de Managua, y quienes en todo momento rinde el claro homenaje de entusiasmo y devoción.

"El caudillo del modernismo, el innovador de las mayores audacias -observa Pedro Salinas- se sentía siempre obligado con los clásicos desde Berceo en adelante, demostrando así su certera intuición de la unidad última y profunda de todas las épocas literarias. Así podría decirse que fue España para Darío patria de la tradición en su sentido total, y además patria de la expresión literaria tradicional en propia lengua madre.

"Amo tu delicioso alejandrino", le dice al maestro Gonzalo de Berceo,

"Así procuro que en la luz resalte tu antiguo verso cuyas alas doradas y hago brillar con mi moderno esmalte" / Hace el más cumplido y bello elogio de la seguidilla andaluza: / "Metro mágico y rico que al alma expresas / llameantes

alegrías, penas arcanas".

Y se complace en escribir "Dezires, leyes y canciones" a la manera antigua, declarándolo expresamente: "a la manera de Johan Duenyas" "a la manera de Valtierra" "a la manera de Johan de Torres", sin temor a que algún mediocre rebelde modernista lo tache por eso de reaccionario y arcaizante. Confiesa con honradez, sin rubor y hasta con orgullo, que algunas de sus llamadas innovaciones métricas no son sino revivencia y actualización de antiguos metros olvidados:

"Mis aficiones clásicas -escribe en las Dilucidaciones" del Canto Errante- encontraban un consuelo con la amistosa conversación de cierto joven maestro que vivía como yo en el Hotel de las Cuatro Naciones; se llamaba y se llama hoy en plena gloria, Marcelino Menéndez y Pelayo. El fue quien oyendo una vez a un irritado censor atacar mis versos del Pórtico" a Rueda, como peligrosa novedad,

y esto pasó en el reinado de Hugo, / emperador de la barba florida, / dijo: "Esos son, sencillamente, los viejos en decasílabos de gaita gallega:

Tanto bailé con el alma del cura
Tanto bailé que me dio calentura.

Y yo aprobé. Porque siempre apruebo lo correcto, lo justo y lo bien intencionado".

Y en otra parte de este mismo Prólogo nos ha dejado el más exacto concepto del valor y sentido de la tradición en el Arte y en la Cultura: "Amador de la cultura clásica -díceme he nutrido de ella, mas siguiendo el paso de mis días".

Pero es en el Prólogo de PROSAS PROFANAS donde con frases de suprema elegancia espiritual y literaria expone la clara estirpe hispánica de su poesía y de su genio:

"El abuelo español de barba blanca me señala una serie de retratos ilustres: "Este, me dice, es el gran Don Miguel de Cervantes Saavedra, genio y manco; éste es Lope de Vega, éste Garcilaso, éste Quintana". Yo le pregunto por el noble Gracián, por Teresa la Santa, por el bravo Góngora y el más fuerte de todos, don Francisco de Quevedo y Villegas. Después exclamó: "Shakespeare! ¡Dante! ¡Hugo! (Y en mi interior: ¡Verlaine!). Luego al despedirme: "Abuelo, preciso es decirlo: mi esposa es de mi tierra; mi querida de París".

Y comentando esta última famosa frase en su "Historia de mis libros," explica: "En el fondo de mi espíritu existe el inarrancable filón de la raza; mi pensar y mi sentir continúan un proceso histórico y tradicional; mas de la capital del arte y de la gracia, de la elegancia, de la claridad y del buen gusto, habría de tomar lo que atribuyese a embellecer y decorar mis eclosiones autóctonas. Tal dí a entender. Con el agregado de que

no sólo de las rosas de París extraería esencias, sino de todos los jardines del mundo".

Rubén corta las rosas de todos los jardines literarios del mundo para enflorar el árbol de su poesía de profundas raíces hispánicas. "Bien canta el poeta -dice Cocteau- cuando canta posado en su árbol genealógico".

Nuestra historia literaria y política está llena, sin embargo, de jóvenes y viejos que en nombre de la Revolución y de la Novedad abominan de toda genealogía y torpes e ilusos se empeñan en derribar y en quemar el árbol de la Hispanidad.

Para ciertos jóvenes de hoy -rebeldes de nuevo cuño- que creen haber inventado ellos la rebeldía que la rebeldía se inventó para ellos, la obra literaria de Rubén, auténtico rebelde e innovador, encierra una seria y profunda lección de fecundo tradicionalismo, de concepción unitaria de la Historia, del Arte y de la Cultura; tradicionalismo que exige, por supuesto, no una simple facultad poética de evocación del pasado sino un formidable acopio de sabiduría y de cultura, de cuya carencia precisamente nace la improvisada y pobre rebeldía de los últimos usufructuarios de la tea y de las piedras.

Por ello acaso, o sin acaso, le fue dado a Rubén Darío el don del vaticinio que muy pocos poetas y genios alcanzan, la misión de interpretar para los pueblos de su estirpe los signos de la Historia y de la Tradición y de confortar y orientar a estos pueblos para la aventura del Porvenir.

Rubén Darío aparece en una coyuntura histórica en que con el declinante sol del imperio español y ante el ascenso veloz del fabuloso cometa yanqui barriendo con su cola imperialista a los débiles vecinos del Sur, parecía hundirse para siempre en el mar de los siglos no sólo el Poder sino el Espíritu, la Cultura y la razón de ser de toda una vasta estirpe de pueblos y gritara el optimismo y la esperanza para conjurar la desesperación y convocara a la unidad para evitar la dispersión y la disolución: "en espíritu unidos, en espíritu en ansias y lenguas".... / Unanse, brillen, secúndense tantos vigores dispersos / Formen todos un solo haz de energía ecuménica.....

Y así sea esperanza la visión permanente en nosotros / Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda".

Rubén Darío venía a afirmar y no a negar. Por eso fustiga a los negativos y negadores:

"¿Quién será el pusilánime que al vigor español niegue (músculos o que al alma española juzgase áptera y ciega y tullida?"

No era un abanderado de la destrucción sino un profeta de la salvación. Por eso abomina de los predicadores de la revolución destructora:

Abominad las manos que ape-

drean las ruinas ilustres o que la tea empuñan o la daga suicida"

y luego: / "Ya veréis salir el sol en un triunfo de lirás"

Se apoya en el pasado para rebelarse contra el presente y recobrar el Porvenir: / "muestren los dones pretéritos que fueron antaño su (triunfo)...../

"La alta virtud resucita que a la hispana progenie hizo dueña de siglos".

En la poesía de Rubén Darío la Hispanidad encuentra su concepción histórica vital. Rubén Darío iluminó el concepto de Hispanidad, le dio contorno, vigencia y actualidad. En su poesía la Hispanidad recoge de la Historia sus pristinas esencias para producirse como afirmación de libertad y soberanía frente a la agresión imperialista desencadenada sobre nuestros pueblos para proyectarse como unidad y como misión de esos mismos pueblos en la Historia Universal.

"¿Seremos entregados a los bárbaros fieros?"

"interroga angustiado en su poema "Los Cisnes", / "Tantos millones de hombres hablaremos inglés?"

¿Ya no hay nobles hidalgos ni bravos caballeros? / ¿Caballeros ahora para llorar después?"

"Pero no se contenta con dejar escrita su protesta de poeta sobre las alas immaculadas de los cisnes y se enfrenta admonitivo y profético al viejo Roosevelt para oponer a su Imperio babilónico de Calibán moderno el Espíritu y la Fe de nuestra América hispana:

"Tened cuidado. Vive la América española. / Hay mil cachorros sueltos del León español"

Y si con ocasión de la Conferencia Panamericana de Río de Janeiro, a la que asiste como delegado de Nicaragua, ensaya en su "Salutación al Aguila" un canto de paz y hermandad entre las dos Américas:

"Aguila existe el Cóndor. Es tu hermano en las grandes (alturas)....

Puedan ambos juntarse en plenitud, concordia y (esfuerzo)", / no tarda en rectificar confesando en la "Epístola a la Señora de Lugones" su escepticismo y sus verdaderos sentimientos sobre el Panamericanismo:

"En Río de Janeiro. Yo panamericanicé con un vago temor y con muy poca fe."

En esos años trágicos para todo el mundo hispánico con la ocupación de Cuba, el despojo de Panamá y la estructuración del sistema panamericano como instrumento visible del dominio yanqui en América, Rubén Darío capilanea la vigorosa protesta lírica de la estirpe humillada y ultrajada y se convierte en la encarnación del alma de nuestros pueblos que se afirman vigorosamente en la Historia porque no se resignan en morir. "Si en estos cantos hay política -afirma en el Prólogo a "Cantos de Vida y Esperanza"- es porque

aparece universal. Y si encontráis versos a un Presidente, es porque son un clamor continental". En cumplimiento de esta gloriosa misión el poeta aristocrático por excelencia, el que había hecho del Arte su torre de marfil, se convierte en poeta de las multitudes. Su "Oda a Roosevelt", voz que convoca a todos los pueblos hispanos frente a su agresor, se publica en todos los diarios y revistas de nuestra América y resuena a través de las generaciones en aulas, ágoras, plazas y parlamentos. "Yo no soy un poeta para las muchedumbres -escribe Darío- pero sé que indefectiblemente debo ir a ellas".

Y este ir de Rubén a las muchedumbres no fue en alas de una demagogia revolucionaria portadora de las rojas banderas del asalto a las "bastillas" del pasado. Fue -y es importante recalcarlo- un acercarse al alma eterna de nuestros pueblos, a las raíces de sus más caras virtudes y esencias tradicionales, un remover su conciencia histórica y las potencias de su espíritu nacional frente a la amenaza destructora de su Poder y de una Cultura extraños, y un revivir de síntesis étnica y cultural del pasado para proyectarla en unidad y misión históricas del Porvenir.

Jamás ante ni después de Rubén poeta alguno ha tenido tal resonancia política en las naciones hispánicas de una y otra orilla del Atlántico. Y es que él llegó al alma de nuestras Patrias y al corazón de nuestros pueblos no por la calle oscura de la Revolución sino por la clara vía de la sangre y de la Tradición, por el camino real de la Hispanidad. Y no queremos negar que nuestros pueblos tengan que transitar alguna vez por esa calle de la amargura revolucionaria, pero ha ser precisamente para desembocar en el camino real de nuestra Historia, en el camino abierto por el verso luminoso de Rubén.

Hoy más que nunca está en pie su mensaje de profecía y de esperanza. Su "Salutación del optimista" es la más alta profesión de fe en el destino de nuestros pueblos y en la salvación del mundo por el Espíritu.

En este 12 de Octubre saludemos a la Madre de América, a la España eterna, con los versos anunciadores de ese otro gran cantor americano, Walt Whitman:

"No creas que te olvidamos, madre. / ¿Te has quedado rezagado mucho tiempo? / ¿Se cerrará de nuevo las nubes sobre ti? / ¡Ah! Pero de nuevo has aparecido entre nosotros, te conocemos; / la visión de ti ha sido una segura prueba para nosotros. / Allí aguardas, como en todas partes, tu hora".

Y sobre el desasosiego y el temblor de los espíritus en la hora convulsa que vivimos, preñada de amenazas para la Paz del mundo y para la Paz del hombre, digamos con el cisne blanco de Rubén:

"la aurora es inmortal, la aurora es inmortal".